



## CAPÍTULO VIII.

Por qué accidente se ve precisado Gil Blas á buscar nuevo acomodo.



ESTA fué la historia que contó Don Pompeyo, y que oimos el criado de Don Alejo y yo, aunque nos mandaron que nos retirásemos antes que la principiase. Hicimoslo así; pero nos quedamos á la puerta de la sala, que de propósito dejamos entornada, y pudimos oír todo lo que dijo sin perder una sola palabra. Prosiguieron despues bebiendo aquellos señores; y se separaron antes del día, porque como Don Pompeyo habia de hablar por la mañana al ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El marques de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero, abrazándole y dejándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostamos al amanecer; y al día siguiente mi amo me honró dándome otro nuevo empleo.—Gil Blas, me dijo, toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que quiero dictarte, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dije entre mí: esto se llama acrecentamiento de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas dictándomelas su señoría. El cielo sea loado por todo. Voy, como la triforme Hécate<sup>1</sup>, á representar tres muy distintos personages.—Tú no sabes, prosiguió mi amo, qué fin llevo en escribir estas cartas. Voy á decírtelo, pero sé callado, porque te va la vida en ello. Á cada paso tropiezo con gentes que me apestan alabándose de sus felices galanteos, y yo quiero sobrepujar á su vanidad; para lo que he pensado llevar siempre en el bolsillo varios billetes fingidos de diferentes damas, y leérselos cuando ellos hagan necio alarde de sus triunfos. Esto me divertirá un

<sup>1</sup> Fingen unos poetas á esta divinidad con tres cabezas de muger; y otros con una de caballo, una de perro y otra de jabali.

rato, y seré mas dichoso que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú, añadió, procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé, pues, pluma, tinta y papel para obedecer á Don Matías, quien me dictó un billete en los términos siguientes: *Anoche faltaste á tu palabra, y no te dejaste ver en el sitio concertado. ¡Ah Don Matias! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á Doña Clara de Mendoza.* Despues de este billete me hizo escribir otro como de una dama que posponia á un gran señor por amor á su persona; y otro en fin en el cual otra dama le decia que, si estuviera segura de su discrecion, harian juntos el viage de Citerea<sup>1</sup>. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude menos de decirle que la cosa me parecia demasadamente delicada; pero me respondió secamente que nunca me metiese en darle consejos mientras no me los pidiera. Víme precisado á callar y obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo: metió los billetes en el bolsillo, y salió de casa. Seguile, y fuimos á la de Don Juan de Moncada, que tenia convidados aquel día á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reinó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los banquetes. Todos los convidados contribuyeron á mantener divertida la conversacion, unos con chistes, y otros contando aventuras que ellos decian haberles sucedido. No malogró mi amo tan favorable ocasion de hacer lucir los papeles amorosos que me habia hecho escribir. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que, á escepcion de su secretario, todos los demas pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron presentes á tan descarada lectura, habia uno que se llamaba Don Lope de Velasco, hombre grave y de juicio, el cual, en vez de celebrar como los demas las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho hacerse dueño de la voluntad de Doña Clara.—Menos que nada, le respondió Don Matías, pues ella fué la que dió los primeros pasos. Víome en el paseo; prendóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quien yo era; escribióme, y citóme para su casa á la una de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introdujéronme en su cuarto.... Lo demas no permite mi prudencia que lo diga.

<sup>1</sup> Es decir, que se embarcarian juntos en una concha para ir al templo de Vénus.



Cuando Don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama.—Todos esos billetes, dijo á mi amo, mirándole con semblante airado, son enteramente falsos, en particular el de Doña Clara de Mendoza, de que tanta ostentacion haceis. No hay en España señorita mas recatada y honesta que ella. Dos años ha que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento ni en prendas personales, y apenas ha podido conseguir de ella los mas inocentes favores; siendo así que se puede lisonjear de que, si fuera capaz de conceder alguno, á ningun otro sino á él se los dispensaria.—¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlesco. Yo no me aparto de que es una señorita muy honesta: yo tambien soy un muy honesto caballero; con que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo.—¡Oh! eso ya pasa de raya, interrumpió Don Lope. Dejémonos de chanzas: vos sois un impostor, y jamas Doña Clara os dió cita para de noche: no puedo tolerar que mancheis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la prudencia deciros lo demas. Y diciendo estas palabras miró con arrogancia á los concurrentes, y se retiró con un aire que anunciaba las malas consecuencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco caso de las amenazas de Don Lope.—¡Gran tonto! exclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes solo defendian la *sin par hermosura* de sus damas; pero este quiere defender la *sin par honestidad* de la suya, lo que me parece empeño todavía mas estravagante.

La retirada de Velasco, á la que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar la atencion en ello, prosiguieron alegrándose, y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostamos á las cinco de la mañana. El sueño ya me rendia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huésped, ó por mejor decir, sin nuestro portero, el que una hora despues me vino á despertar, y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. ¡Ah maldito portero! dije bostezando entre enfadado y dormido, ¿no consideras que solo ha una hora que me acosté? Dí á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva mas tarde. Dice, respondió el portero, que tiene precision de hablarte luego, luego, porque es cosa urgente. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando mil pestes fuí á ver lo que me queria el mozo que me buscaba.—Amigo, le dije, ¿qué negocio tan urte es el que me proporciona la honra de verte tan de mañana?—Una carta, respondió, que tengo que entregar en mano propia al Señor Don Matías, y es preciso la lea cuanto antes. Su contenido es de la mayor im-





portancia, y así te ruego que me lleves á su cuarto. Persuadido de que debia de ser alguna cosa de grande consecuencia, me tomé la licencia de ir á despertar á mi amo.—Perdone V. S., le dije, si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia . . . .—¿Qué diantres me quieres? dijo enfadado.—Señor, dijo entonces el mozo que me acompañaba, es una carta de Don Lope de Velasco, que debo entregar á V. S. Incorporóse Don Matías, tomó el billete, leyóle, y dijo con mucho sosiego al criado de Don Lope:—Hijo, yo nunca me levanto hasta medio día, aunque me conviden para la mayor diversion del mundo: Mira ahora si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir. Dile á tu amo que, como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él: dále esta respuesta. Y diciendo esto, volvióse á echar, y tardó muy poco en quedarse de nuevo dormido.

A las once y media se levantó y vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba de seguirle; pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver en lo que paraba aquel negocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el prado de San Gerónimo, donde ví á lo lejos á Don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y ví que se juntaron, y que un momento despues comenzaron á reñir. Duró mucho la pendencia, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por Don Lope, quien de una estocada pasó de parte á parte á mi amo, dejándole tendido en tierra, y huyendo muy satisfecho de haberse vengado. Corrí acelerado á Don Matías, halléle sin sentido y casi muerto; espectáculo que me enterneció tanto, que no pude menos de echar á llorar, por ver una muerte para la cual, sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de esto y de mi justo sentimiento, no dejé de pensar en lo que me importaba. Volvíme al punto á casa sin hablar palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el que por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia guardado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oír; pero sobre todo fuí á contársela á Rodriguez. Este, menos affigido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de Don Matías, mandóles que le siguiesen, y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantamos á D. Matías, que aun respiraba: llevámosle á casa, y al cabo de tres horas murió. Tal fué el trágico fin del Señor Don Matías de Silva mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos por él.





## CAPÍTULO IX.

Del amo á quien Gil Blas fué á servir despues de la muerte de Don Matías de Silva.

**H**ECHO el entierro de Don Matías, fueron, pasados unos dias, pagados y despedidos todos sus criados. Yo establecí mi morada en casa del barberillo, con quien empezaba á contraer estrechísima amistad. Prometíame estar allí con mas gusto y mayor libertad que en casa de Melendez. Como me hallaba con algun dinerillo, no me dí prisa á buscar nueva conveniencia; y por otra parte me habia hecho muy delicado sobre este particular. Ya no gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria ecsaminar bien antes el empleo que me querian dar. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido de que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y elegante.

Esperando á que la fortuna me ofreciese una casa cual yo me imaginaba merecer, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que en dedicarme á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañamos los dos tan graciosamente. No me pasó por el pensamiento volver á vestirme á lo Don César de Ribera. Seria una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel trage, y mas cuando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre Don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peinado y afeitado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia, y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion le habia hablado. Esclamó luego que me vió:—¿Qué milagro es este? ¿eres tú? paréceme que sueño; porque te creí muerto, ó que te habias perdido. Hace siete ú ocho dias que te dije podias venir á verme; mas á lo que veo no abusas de la libertad que te conceden las damas.

Disculpéme con la muerte de mi amo, y con las ocupaciones á que dió

lugar, añadiendo muy cortesantemente, que aun en medio de ellas tenia siempre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. —Siendo así, me dijo ella, se acabaron ya las quejas, y te confesaré que tambien te he tenido yo muy presente. Luego que supe la desgracia de Don Matías, me ocurrió un pensamiento, que acaso no te desagradará. Dias ha que oí decir á mi ama que se alegraria de encontrar un mozo que supiese de cuentas y gobierno de una casa para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregara para el gasto de ésta. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo.—Tambien me parece á mí, respondí yo, que le desempeñaria á las mil maravillas. He leído las *Economías de Aristóteles*; y por lo que toca á llevar una cuenta, ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia, añadí, una sola dificultad me impide entrar á servir á Arsenia.—¿Qué dificultad? replicó Laura.—He jurado, repuse, no servir jamas á gente comun, y lo peor es que lo juré por la laguna Estigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú cuanto deberá respetarle un pobre criado.—¿A quién llamas gente comun? replicó Laura con mucho despego. ¿Por quiénes tienes tú á las comediantas? ¿parécete que son por ahí algunas abogadillas, ó algunas procuradoras? Sábeta, amigo mio, que las comediantas son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personajes de la corte.

—Siendo así, le dije, cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinas; pero con tal que no me degrade, ni me haga valer menos de lo que soy.—No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un elegante á la de una heroina de teatro, es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma línea con las personas de la primera distincion: el mismo aparato de cuarto, la misma mesa, y en realidad es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un marques y un comediante, en el discurso de un dia vienen casi á ser una misma cosa. Si el marques en las tres cuartas partes del dia es superior al comediante, el comediante en la otra cuarta supera mucho mas al marques, porque representa el papel de emperador ó de rey. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la corte.—Así es, por cierto, respondí; sin duda que estais á nivel unos con otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aquí; y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado.—Me alegro, repuso ella, y no tienes mas que volver de aquí á dos dias. Me tomo este tiempo para ir preparando á mi ama á fin de que te reciba. Le hablaré en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado que lograré que entres en casa.



Dí las gracias á Laura por su buena voluntad, asegurándole quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con espresiones tales que no podia dudar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decir á mi princesa que Arsenia la llamaba. Separámonos; y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendria la fortuna de pasarlo á pedir de boca. No dejé de volver al plazo señalado.—Ya te estaba esperando, me dijo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto me llevó á una habitacion compuesta de cinco ó seis piezas, á cual mas rica y mas soberbiamente alhajadas.

¡Qué lujo! ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en casa de alguna vireina, ó, por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo juntas en aquella. Lo cierto es que habia en ella lo mas rico de todas las naciones, tanto que se podia definir aquella habitacion con mucha propiedad: *el templo de una diosa, á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y precioso de su país.* Ví á la deidad magestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso desaliño, y ocupaba sus lindas manos en componer un primoroso tocado nuevo para lucirlo aquella noche en el teatro.—Señora, le dijo la criada, este es el mayordomo de que tengo hablado; y puedo asegurar á vd. seria difícil encontrar otro que fuese mas á propósito. Mírome Arsenia con particular atencion, y tuve la dicha de gustarle.—¿Cómo así, Laura? exclamó ella, ¿quién te dió noticia de tan bello mozo? Ya estoy viendo que me irá muy bien con él. Y volviéndose á mí:—Querido, me dijo, tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me acomoda. Solo tengo que decirte una palabra: Estarás contento conmigo si me sirves bien.—Respondile que haria cuanto estuviese de mi parte para agradarla en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.

